

contraste. De este cambio de pensamientos, perdidos con los folios de los borradores, ha nacido la idea de la colaboración en una obra comun, pero no de una de esas colaboraciones en que el temperamento de cada uno desaparece bajo la unidad del conjunto; Loti y Plumkett han querido conservar su personalidad, dejar en su obra la marca distintiva de su naturaleza.

Al escribir *Flores de Hastio*, han querido hacer algo del género de la *Cruz de Berny*, en que Mda. de Gerardin, Teófilo Gautier, Julio Sandeau y Mery daban rienda suelta á su fantasía. *Flores de Hastio* es, pues, un libro doble, en el cual cada autor lleva á la acción su modo de ser particular, sus ideas personales y las tendencias instintivas de su individualidad.

FLORES DE HASTÍO

Plumkett.—Mi querido Loti; dicen que los animales tienen un alma: por lo tanto, usted y yo debemos tener algo parecido.

Nuestras dos almas—ya que está admitido que poseemos una cada uno—no son hermanas, sino primas carnales por el hastío, y usted sabe que no data de ayer el descubrimiento de este parentesco.

Me ocurre la idea de organizar una pequeña reunión de familia y de hacer un ramillete con el hastío de usted y el mio: yo le enviaré claveles de la India y usted me contestará devolviéndome una planta de dientes de león.—En cuanto á los pensamientos, son flores que nosotros apenas conocemos. ¿No le parece á usted?

Yo me extenderé en aforismos instructivos para la generalidad; usted hará lo que quiera; escribirá

de una manera cualquiera y de cualquier cosa; no importa de qué: contará usted sus sueños, si así lo quiere. Un sabio de la antigüedad ha emitido este axioma: «Es muy difícil ser más tonto que los demás.» Penétrese usted de esta verdad y tenga seguridad de ella.

Loti.—Comienzo por un sueño:

Estaba yo en la parte más alta del campanario del Creizker; Ives estaba sentado cerca de mí, sobre la cabeza de una gárgola de granito. Las tierras lejanas del país de León se extendían á nuestros piés, envueltas en ese crepúsculo, lleno de misterio, que ilumina las visiones del sueño. Era invierno, y la inculta llanura bretona estaba oscura.

En el horizonte se veía la *mar brumosa* y las rocas de Roscoff destacándose, como en los fondos pintados por Leonardo de Vinci.

Yo dije á Ives: «Me parece que el campanario del Creizker se ha estremecido.» Ives me contestó: «Hermano mío, ¿cómo quieres que haya sucedido eso?» Y miraba sonriendo hácia el vacío.

Sentí vértigos, y me adherí á aquel encaje de granito que nos sostenía en el aire. En torno nuestro había maravillosas cortaduras de piedra y gárgolas en figura de gnomos, sobre las cuales, líquenes amarillos—como los que doran todos los viejos

campanarios de Bretaña—semejaban animales siniestros. Y la base del campanario se perdía en líneas confusas entre la oscuridad de la tierra.

Ives me parecía mayor que de costumbre, y sus hombros más anchos y más atléticos.

«Ives—le dije—te aseguro que el Creizker se ha estremecido.» En efecto, el viejo campanario de las leyendas bretonas vacilaba sobre su base; nosotros le sentíamos hundirse: el antiguo encaje de granito se disgregaba dulcemente, desmenuzándose en el aire, y sus restos caían de un modo lento y suave como los objetos que no tienen peso; nosotros mismos caíamos, procurando agarrarnos fuertemente á las cosas que caían también.

Después vagábamos por tierra entre escombros, que continuaban desmenuzándose y desapareciendo.—Al caer no nos habíamos hecho ningun daño—pero experimentábamos cierta angustia porque el Creizker no existiese ya.

Recordábamos el tiempo en que Ives y yo navegábamos sobre la «*mar brumosa*», cruzándola balanceados por las grandes y agitadas olas del Oeste, mojados por las nieblas y la lluvia en los días sombríos del invierno, á la hora fría y siniestra del crepúsculo: con frecuencia distinguíamos á lo lejos, entre las nubes grises, los dos campanarios de la

iglesia de Saint-Pol y el Creizker colocado cerca de ellos sobre la costa, dominándolos con su arrogante estatura de granito.

Cuando la noche se presentaba mala, nos complacíamos viendo aquél antiguo vigía de la mar, que parecía velar por nosotros desde lo alto de la costa bretona. Pero ya había desaparecido; no podíamos pensar en volverlo á ver. Ives, sobre todo, estaba inconsolable, porque su campanario se había hundido. Yo le decía: «Le reconstruirán;» pero yo mismo estaba convencido de que esta ruina era irreparable. Estaba esparcido sobre la tierra, en restos tan numerosos, como las piedrecillas de las playas. La obra maravillosa de los pasados siglos estaba destruida, y yo veía allí un signo fatal de los tiempos; el fin de aquél gigante de los campanarios bretones me parecía el comienzo del fin de todas las cosas, y me resignaba á verlo concluir todo; estaba como recogido en una apocalíptica espera del caos.

En torno nuestro no había ya ninguna huella de la vieja ciudad de Saint-Pol, ni de la casa en donde Ives había nacido. Estábamos en medio de la llanura, sombría y desierta; entre las retamas y los brezos: la tierra recobraba su fisonomía de las épocas primitivas, anteriores á su aniquilamiento, y

la obscuridad postrera se espesaba á nuestro alrededor.

Entonces Ives me dijo con una entonación de espanto infantil: «Hermano, mírame, ¿no te parece que soy ahora mayor que de ordinario?.....»—Y yo contesté: «Nó,» por no causarle miedo; pero bien veía que su tamaño era mayor que el natural, y que su traje era el de un celta, con pieles de lobo, que le cubrían los hombros.

En torno nuestro había formas de larvas, que se agitaban en la obscuridad cada vez más profunda, y yo comprendía que ya los dos habíamos muerto....

.....Después, el sueño se terminó por concepciones siniestras, confusas, que se extinguían gradualmente.....

No hay palabras con qué poder expresar aquellas misteriosas fantasías.

.....
Plumkett.—Mi querido Loti: Creo haber encontrado la explicación del sueño de usted. Estaba usted acostado con su hermano Ives, sobre la mesa de alguna taberna de la Baja Bretaña; había usted bebido sidra y buen aguardiente, y hallándose completamente borracho, cayó usted de la mesa. Por esto, la caída fue blanda, y en ella, felizmente, no hubo daño para usted. Ives cayó quizá el primero,

y usted sobre él. El campanario del Creizker debe ser alguna gran botella vacía; la que usted concluyó por derribar. En cuanto á las cosas que *caían también*, serían vasos que usted destrozaba bajo sus pies; y las *larvas*, la tabernera y las maritornes del establecimiento, ocupadas en reparar todo el desorden que había usted producido.

No hay nada en todo esto que no sea natural; pero usted se entrega á reflexiones sobre el *principio del fin de las cosas*, que están fuera de lugar. Comprenda usted, mi querido Loti, que no se trata más que de una botella vacía; y aún esta botella, que usted toma por un campanario, no está vacía, sino porque se la ha bebido usted; y no es razonable exigir que los frascos, cuyo líquido se bebe uno, no estén vacíos.

En el comienzo de la vida, todas las copas están llenas; beba usted lentamente si quiere que le quede algo para más tarde. No beba demasiado pronto los vinos más fuertes, si ha de tener más adelante aptitudes para apreciar los sabores dulces y sanos.....

Loti.—Mi querido Plumkett, la explicación que usted da de mi sueño me parece una tontería. Bien sabe usted que tengo mucho de musulmán, y no me he embriagado más que una sola vez en toda mi vida: ocurrió esto en New-York, una tarde en

que me convidaron á un banquete de una sociedad sobria y prudente. Los polizontes me llevaron á bordo.

Plumkett.—No interrumpa usted, Loti, para decir tonterías, cuando por casualidad estoy hablando en serio. Es cierto que, desgraciadamente, he atacado el único defecto de que usted carece; pero hablo por imágenes, como los orientales que usted ama. Yo me refiero á otras embriagueces mucho más peligrosas que las del vino; bien las conoce usted.....

.....

En la actualidad, las copas están vacías, las flores de la mesa están marchitas. Los convidados han desaparecido: los unos, sucumbieron á la embriaguez; los otros, medrosos, han huido. Sólo usted permanece ante la mesa, cargada de despojos; sólo usted siente todavía deseos de beber. ¿Qué quiere usted? ¿Quiere buscar otros festines, después de un festín semejante? N6; le darían á usted náuseas. Todo se oscurece en su derredor; nada distingue usted bien, y dice: «Este es el comienzo del fin.»—¿De qué fin? ¿Del fin de todas las cosas?—N6; no es sino el festín de usted el que ha terminado.

Convénzase de que ni aun soñando dá usted sentido común á sus reflexiones.

Loti.—Es bien poco agradable, mi querido Plum-

kett, este primer *clavel de la India* que usted me envía.

Y además, ¡qué vulgar es la comparación de la vida con un banquete! Usted podría llamarme *infeliz convidado*; esto, al menos, sería más nuevo. Es el clavel de usted una flor muy común; sin duda la ha cogido, al pasar, en el jardín de su conserje.

He buscado durante mucho tiempo lo que había de decir á usted en esta ocasión, para que no encontrase motivo de deducir una moraleja estúpida. Y creo haberlo encontrado: voy á contar á usted una historia de un tiempo en el que aún no me había embriagado con nada.

Es una historia de Mayo. Yo era muy pequeño; aquella era quizá la segunda ó tercer primavera á que asistía sobre la tierra.

Me traían de paseo al terminar la tarde.

Cuando entré en mi casa, que usted ya conoce, y me encontré en el patio, experimenté una vaga y dulce melancolía, producida por la suavidad de la temperatura y las confusas tintas del crepúsculo. Era una de aquellas tardes de primavera, de cielo límpido y sereno, y de ambiente embalsamado por el jazmín y la madreSelva.

Todavía me parece que me veo con el traje rosa que llevaba aquella tarde; es el único de mis trajes

infantiles que conservo en la memoria. ¿No es agradable recordarse vestido con gracioso traje rosa de *bebé*?..... Por lo menos, es bien sencillo y bien inocente evocar tales recuerdos.

¡Y qué cosa tan rara es decirse que en una época, aún no muy lejana, asistía el recién venido á las cosas de la tierra contemplando con avidez su primer primavera!..... Ya se tiene una inteligencia capaz de comprender bastante, una cabecita capaz de recibir, aunque vagamente, impresiones complicadas; y aún no se ha visto nada, no se sabe nada de nada, ni de la evolución humana comenzada hace cincuenta siglos, ni de la sucesión eternamente inmutable de la renovación de la naturaleza..... Se mira todo esto con una especie de asombro reflexivo, y se mezclan en él algo como recuerdos confusos y llenos de misterio de cosas anteriores.....

¿De dónde venimos?..... ¿Hay un *antes* y un *después*?.....

Mas tarde he tenido momentos en mi vida en que he estado persuadido de ello. Pero entonces habrá también un *más allá*, y este más allá es bien tenebroso y me hace estremecer.

Me he separado de la historia que refería á usted, y vuelvo á reanudarla. Pero convendrá usted en que esto es singular; cuando se ha paseado uno por el

mundo, se ha visto todo en el presente, se ha adivinado todo lo del pasado, cuando todo se ha comprendido y penetrado..... decirse que hace apenas treinta años se acababa de llegar, y que se asombraba uno de ver hacerse más largas y más tibias las tardes, florecer las rosas blancas sobre los viejos muros, comenzar la fiesta de la primavera.....

Usted conoce, Plumkett, aquél patio de que le he hablado; el patio de mi casa: una especie de calle, de verdura y de flores, que terminaba en un fondo muy sombrío. En este fondo, una profusión de follaje; por un lado, altas paredes tapizadas de yedra, de donde colgaban enredaderas, rosas y grandes ramas de toda clase de plantas; por el lado del Mediodía, tapias muy bajas, escondidas, ocultas bajo espesuras de jazmines y madre selvas. Por detrás los jardines inmediatos y por encima el claro é inmenso cielo.

En aquella tarde de que le hablo á usted tenía esta bóveda celeste, en la postura del sol, un límpido y bello dorado; encima, sobre mi cabeza, un azul verdoso, muy luminoso aún, y las ramas pendientes de las paredes se destacaban sobre ellas en finas y sombrías cortaduras. Yo miraba, con mirada inquieta hacia algo que se dibujaba muy lejos, en

el cielo, por encima del muro, entre las copas de los árboles frutales.

Aquello ocupaba un sitio insignificante en el espacio, pero su silueta era extraordinaria. Era el extremo de una casa antigua, con una especie de chimenea demolida, apareciendo el todo á mis ojos como un perfil de animal semejante al del lobo.— He visto, durante muchos años, aquella forma de bestia; pero sólo la encontraba por la tarde, cuando se recortaba en sombra oscura sobre el fondo dorado del sol poniente—las tardes de verano, sobre todo, cuando volvía de paseo. Tenía el aspecto triste, y el recuerdo de su contorno ha estado mezclado con todas las melancolías y todos los horrores de mis noches de niño.....

Algunos años más tarde recuerdo haber buscado todavía en aquél rincón del cielo esta silueta de lobo; una tarde que yo volvía al hogar, después de una larga campaña en Polinesia, la hubiera saludado en aquel momento como á una antigua memoria amada en otro tiempo, pero no existía ya; en mi ausencia habían demolido la antigua casa.— Por encima de las sueltas ramas de los jazmines y los rosales, yo no ví más que las copas de los perales y los ramilletes de flores encarnadas de un granado del jardín vecino.

Doy á usted mil excusas, amigo Plumkett, por haberme detenido en digresiones de esta longitud.

Decía á usted que una cierta tarde de Mayo entraba en mi casa con mi trajecito rosa, y me asombraba mucho al ver cómo en algunos días todo se había vuelto verde y frondoso. Era extraordinario que todas aquellas masas de plantas, que caían de los muros, estuvieran en la actualidad espesas y cubiertas de hojás, que extendían sobre mi cabeza una sombra muy densa y producían una obscuridad tibia, impregnada de dulces aromas.

Y aquella gran bóveda de jazmin de Virginia, á través de la cual yo recordaba muy bien haber visto algún tiempo antes una luna de invierno dibujar, en pequeñas líneas negras sobre el suelo, todos los enlaces complicados de sus ramas, era en aquel momento una bóveda compacta, impenetrable enteramente, al abrigo de la que revoloteaban millares de moscardones.

Yo me paseaba por debajo de ella con las manos á la espalda, en esa actitud que adoptan los muchachos cuando tienen meditaciones profundas, y procuraba comprender.....

Y luego, aquellos días que alargaban sucesivamente, que terminaban en crepúsculos límpidos, y aquellas flores que brotaban por todas partes y el

aumento de calor y de luz, aquel esplendor que llegaba.....

Sí, todo esto me traía la noción confusa de alguna cosa desconocida que iba á comenzar: ¡el verano, mi primer verano!..... Yo no recordaba nada de esto, pero entonces aquello turbaba mi cabecita y me encantaba mucho. Ahora, verdaderamente, empiezo mi historia:

Había aquel día, en un rincón del patio, un cajón para flores lleno de arena. Yo había estado entretenido en removerla; había hecho panecillos y pasteles con una pala; luego la había aplanado y trazado una calle, á lo largo de la cual había colocado mis macetas y unos tallos de clemátida, encorvados en forma de bóveda.

Después me paseaba en actitud contemplativa y, recordando el jardín que había construído, iba nuevamente á contemplarlo. Se conservaba muy bien aún á la última hora de la tarde. Los tallos de clemátida cubrían enteramente el cajón y colgaban alrededor; todas las florecillas se veían aún, porque eran blancas, pero parecían tan ligeras en aquella semi-obscuridad, que se hubiera creído que eran plumas.

Me parece todavía estarlo viendo.

Tenía yo gran deseo de entrar en aquel jardín:

se debía estar muy bien allí sentado, en la calle en miniatura del centro y bajo aquella bóveda de cle-
mátidas. Pero todo ello era muy pequeño, por más
que fuese un jardín; yo lo comprendía perfectamen-
te; era muy pequeño para poderme contener..... Ha-
bía que ensayarlo, sin embargo..... Después de ha-
ber reflexionado, apelando á todos mis conocimien-
tos sobre la proporción de las cosas, puse un pié so-
bre el borde y probé á entrar en él. ¡Ay! el cajón
dió la vuelta; la arena, las macetas, las flores, todo
revoloteaba y yo también, Plumkett, cayendo há-
cia atrás. Me hice daño, y empecé á dar gritos
horrorosos.

Entonces me levantó la niñera, haciéndome saltar
para consolarme, al compás de una alegre música
del país, que se llamaba *La pesca de las almejas*.

Si más tarde, en el curso de la vida, cada vez que
he dado caídas crueles, por haber intentado cosas
imposibles, hubiera tenido alguno cerca de mí que
me hubiera hecho saltar al compás de *La pesca de las
almejas*, quizá hubiera sufrido mucho menos.....

Plumkett.—¡En qué estado de sensiblería, tan
tonta y tan infantil, ha caído usted, mi pobre ami-
go!—Mucho mejor hubiera usted hecho en correr
tras el aro, como un niño, que en comenzar tan
pronto á desbarrar de esa manera.

¡Válgame Dios qué fastidiosos y soporíferos son
los recuerdos de su infancia!

Loti.—Escuche usted, Plumkett; me acuerdo aho-
ra de lo que pasaba; creo que en la misma tarde, ó
quizá un año después..... ¡No sé si confundo dos
primaveras, pero eso es igual!

Veía volar en el aire unas cosas negras, así como
grandes mariposas que pasaban muy deprisa, sin
hacer ruido, y preguntaba á la niñera: Dí, *Zette*:
¿Qué es eso que vuela? Mi niñera se llamaba *Susette*.
Estaba sentada en un escalón de musgosa piedra,
bajo los colgantes de las madre selvas que la deja-
ban en la sombra, no distinguiéndose apenas más
que el gran pico blanco de su cofia de aldeana.

«Eso son ratones calientes—me respondió—(en
mi país se da ese nombre á los murciélagos.) Y
dime, ¿qué es eso de ratones calientes?—¡Ah!.....
(Era muy calmosa y buscaba muy tranquilamente
sus respuestas.) Ratones calientes son ratones que
tienen alas. En primavera vuelan, cuando ya es de
noche, para coger las moscas y los abejorros que no
se han ido aún á acostar.....»

¡Ratones calientes!..... Aquello me abismaba en
profundas meditaciones; ¡ratones que volaban!.....
y además, ¿por qué estaban calientes aquellos ra-
tones?

Les encontraba yo una vaga afinidad con el diablo, personaje cuya fisonomía probable me preocupaba mucho en aquel tiempo.....

Otro recuerdo de los murciélagos me ocurre ahora; permítame usted lo refiera, amigo Plumkett.

Más tarde, ya habrían pasado diez años, estaba yo una tarde de verano en el jardín de una casa de campo que se llama la *Limoise*, de la que hablaré más adelante. Este nombre de *Limoise*, por sí solo, tiene el poder de despertar en mí un mundo de recuerdos y de impresiones infantiles: los bosques de encinas, los brezos, una campiña pedregosa, con el aspecto pastoril de otros tiempos, los corderos y los olores de las plantas aromáticas.....

Ni aun escribiendo libros enteros, sobre este rincón de la tierra, podría traducir con palabras el encanto que ha ejercido sobre mi imaginación infantil; algunas veces, aunque fugitivamente, encuentro de nuevo aquel encanto al recordarlo—pero se oscurece con los cambios y con los años, y acabará por borrarse en absoluto hasta no poderse expresar.

El gran jardín, tan viejo como la casa, estaba entonces un poco abandonado; había en él algunos rincones, que volvían á la edad salvaje ó primitiva, y aquéllos precisamente eran los que yo amaba más.

En las tardes abrasadoras de Julio iba á menudo á encaramarme en un cierto punto de predilección para mí, sobre el viejo muro; permanecía allí solo, sentado sobre la yedra, donde hacía un calor asfixiante, en medio de multitud de zumbidos de moscas, y escuchaba los cánticos de los saltamontes, mirando á lo léjos los brezos y los bosques de encinas, inundados de sol, en medio del campo silencioso y abrasador. Cantaba bajito himnos cortos y sencillos, que yo mismo componía al verano y á los árboles, y soñaba con los bosques tropicales del Africa, que ya, desde tan pronto, habían herido mi imaginación infantil, adivinándolos antes de haberlos visto.

Una de estas tardes de verano, volaba por el jardín un número desusado de murciélagos. Era una tarde cálida, pesada y tranquila; por el Occidente se veían largo tiempo después de la puesta del sol unas nubes de color rojo moreno, que son propias de los grandes calores del estío. Aquella campiña estaba muy aislada y rodeada de bosques. Oímos, aunque de lejos, el sonido de una campana un poco triste, un poco cascado, pero nos era familiar y lo hubiéramos reconocido entre mil. Era el *Angelus* que sonaba allá abajo, en la antigua iglesia de la aldea de *Echillais*.....

Jugaba yo en el jardín con una niña, muy pequeña aún, á la que quería como á una hermana mayor, y cuyo recuerdo, ya lejano, está mezclado para mí con el encanto inexplicable de los bosques de la *Limoise*.

«¿Quiéres ver venir á todos los murciélagos en derredor nuestro?—me dijo.—Yo sé lo que hay que hacer para llamarlos.»

Entónces, trepó por las ramas de un viejo peral y empezó á agitar el pañuelo en el aire. En efecto, todos vinieron azorados para ver qué era aquella cosa blanca que se balanceaba en la obscuridad. Llegaron tan cerca de nosotros, que tuvimos miedo de que nos cayeran encima, y corrimos á escondernos dentro de la casa.....

.....

¡Pobres murciélagos! ¡Pobres animalitos! Objeto de horror para todo el mundo y, para mí, animales de las noches de verano, que no vuelan sino en el aire caliginoso de los más hermosos días..... Yo les perdono su pesadez y los admito porque han desplegado su vuelo fantástico en el aire puro de mis bellas tardes de otros tiempos, y los encuentro mezclados con los recuerdos de los veranos de mi infancia.....

.....

Más tarde, en París, vivía yo en el barrio Latino, en un estrecho cuarto de estudiante, frío y oscuro, sembrado de libros clásicos y de cuadernos, que presentaba un aspecto triste y súpico. Tenía entonces diecisiete años. Después de un invierno de estudio, larga estación de hastío, que me produjo las primeras fatigas y las primeras emociones, hizo su aparición la primavera, obedeciendo á la ley natural.

Una tarde de Mayo, en que el tiempo era ya tibio, estaba encaramado en mi ventana pensando en marcharme..... Tenía ante la vista perspectivas melancólicas de chimeneas, de tejados negros y viejos, el campanario de *Saint-Etienne du Mont* y el de *Sainte-Geneviève*. Aquella tarde tan bella me hacía un efecto extraño, arrojando sus luces sobre cosas pesadas y desagradables, pues me figuraba que en París no habría primavera.

Había llegado, sin embargo, y se demostraba á mis ojos, por unas lilas floridas que había en una ventana debajo de la mía.

La noche se acercaba, y de repente ví dos murciélagos, que describian con rapidez curvas descompuestas bajo mi ventana..... ¡Con qué placer saludé á aquellos dos pobres animalitos! Representaban para mí más que las primeras golondrinas, aquellos dos pobres murciélagos: eran verdaderos